

Las andanzas del cura guerrillero Santa Cruz (1870-1874)

JOSÉ ANTONIO RECONDO

Amigo de Número de la Real Sociedad

Bascongada de los Amigos del País

Resumen:

El golpe de estado perpetrado por militares y civiles progresistas de septiembre de 1868 denominado, “Revolucion de la Gloriosa” o “Revolución de 1868” supuso la abolición de la monarquía borbónica en España y la implantación de un sistema de libertades, demasiado avanzadas para la sociedad conservadora de la época.

La sociedad vasca, profundamente religiosa, quedó conmocionada por las medidas anticlericales que se estaban llevando a cabo. En Gipuzkoa, la supresión de los diezmos por las Juntas Generales celebradas en Fuenterrabía en julio de 1869, fue el detonante que hizo que los carlistas iniciaran actos de protesta públicos, que fueron aumentado en intensidad hasta convertirse en enfrentamientos armados. El clero vasco abrazó la causa carlista. En los pueblos, los párrocos alentaban a los jóvenes a alistarse en las partidas carlistas y se enrolaban como capellanes. Arrastrado por un exacerbado integrista religioso, el cura Santa Cruz, que en circunstancias normales habría vivido una existencia sencilla y placentera como coadjutor en el pequeño pueblo de Hernialde, se convirtió en un legendario guerrillero cuyas proezas traspasaron las fronteras del país.

Palabras clave: Guerra carlista. Cura Santa Cruz. Siglo XIX. Historia.

Laburpena:

Militar eta zibil aurrerakoiek 1868ko irailean emandako estatu-kolpeak, “Revolucion de la Gloriosa” edo “Revolución de 1868” izenekoak, Espainian monarkia borboitarren abolizioa eta garaiko gizarte kontserbadorearentzat aurreratuegiak ziren askatasun-sistema baten ezarpena ekarri zuen.

Euskal gizartea, guztiz erlijiosoa, hunkituta geratu zen egiten ari ziren neurri antiklerikalen ondorioz. Gipuzkoan, 1869ko uztailen Hondarribian egindako Batzar Nagusiek hamarrenak kendu zituztenez, karlistek protesta publikoak hasi zituzten, eta ekintza horiek areagotu egin ziren, liskar armatu bihurtu arte. Euskal kleroak kausa karlista besarkatu zuen. Herrietan, erretoreek gazteak partida karlistetan sartzera animatzen zituzten eta kapilauak bezala biltzen ziren. Integrisimo erlijioso sutsu batek eramanda, Santa Kruz apaiza, Hernialdeko herri txikian bizimodu sinple eta atsegina bizi izan zuena, gerrilla mitiko bihurtu zen, eta herrialdeko mugak gainditu zituen.

Gako-hitzak: Gerra karlista. Santa Kruz apaiza. XIX. mendea. Historia.

Summary:

The coup d'état of the progressive military and civil in September 1868, called the Revolution of the Glorious or the Revolution of 1868, led to the abolition of the Bourbon monarchy in Spain and the establishment of a system of freedoms too advanced for the conservative society of the time.

Basque society, deeply religious, was moved by the anti-clerical measures being taken. In Gipuzkoa, as the General Meetings held in Hondarribia in July 1869 abolished the tithe, the carlists began public protests, which intensified into armed clashes. The Basque clergy embraced the carlist cause. In the villages the priests encouraged the young men to join the Carlist games and gathered like chaplains. Carried away by a fervent religious fundamentalism, the priest Santa Cruz, who had lived a simple and pleasant life in the small town of Hernialde, became a mythical guerrilla and crossed the borders of the country.

Keywords: Carlist war. Priest Santa Cruz. 19th century. History.

El despertar del movimiento carlista

Desde la finalización de la primera guerra carlista en 1839 hasta la revolución de La Gloriosa de septiembre de 1868 el carlismo vivió un largo periodo letárgico tan solo interrumpido por el breve paréntesis de las insurrecciones que afectaron a Cataluña; un periodo conocido como la Guerra de los Matiners (1846-1849), y que es considerado por algunos historiadores como la segunda guerra carlista.

Esta larga etapa de inactividad de los carlistas se debe a dos razones principales: por un lado, la desactivación de las reivindicaciones que se dio tras la guerra y, por otro, la ausencia en el carlismo de líderes carismáticos capaces de incentivar a unas masas desengañadas.

El “convenio de Vergara” fue en realidad un simple acuerdo militar. Se reconocían los grados, empleos y sueldos a los militares carlistas y poco más: solo una ambigua alusión a los fueros, que “tenían que ser reformados para adaptarlos a la unidad constitucional”. Sin embargo, los liberales moderados y foralistas que se sucedieron al frente de las Diputaciones provinciales vascas, y que representaban el ideario del patriciado rural, supieron entenderse con los gobiernos conservadores de la reina Isabel. Estos confiaron a las Diputaciones forales la administración interior en las provincias vascas y, aunque a regañadientes, también aceptaron sus tradicionales “privilegios”. Como compensación a la existencia de una policía foral de miqueletes, no se implantó la obligatoriedad del servicio militar. Tampoco se exigió la contribución a la hacienda estatal, ya que las Diputaciones vascas corrían con gastos que en otras provincias eran responsabilidad del Estado. De puertas adentro, las Diputaciones vascas supieron contentar a sus ciudadanos. Difundieron la imagen de una guerra sin vencedores ni vencidos, facilitaron la vuelta de los exiliados y rehabilitaron políticamente a los carlistas, incluidos los promotores de la sublevación, al permitirles el acceso a determinados cargos públicos. El traslado de las aduanas a la costa satisfizo las aspiraciones de la burguesía comercial local. Cuando en el resto de España los progresistas en 1841 imponían la supresión del diezmo y la desamortización de los bienes eclesiásticos, las Diputaciones vascas protegían al clero parroquial manteniendo su status vigente. En 1862 se creó el obispado vasco con sede en Vitoria y las autoridades provinciales gustosamente se comprometieron a abonar los gastos de su sostenimiento¹.

(1) ANTOÑANA, Pablo, *Noticias de la Segunda Guerra Carlista*, Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 1990, pp. 5-8.

El movimiento carlista estaba descabezado. En 1861 morían en circunstancias extrañas los hijos mayores del primer rey carlista, el conde de Montemolín y el infante Fernando. El tercero de los hermanos, D. Juan, pasó a ser el heredero al trono. Pero para desgracia de los carlistas, en 1866 se declaró liberal e incluso reconoció como reina de España a su prima Isabel II. Entonces los carlistas dirigieron sus miradas hacia el hijo mayor de D. Juan, el príncipe Carlos, que aceptó con gran entusiasmo la idea de llegar a ser rey de España. D. Carlos tomó el nombre de Carlos VII y de duque de Madrid; abandonó la lejana Austria para fijar su residencia en Ginebra, desde donde procedió a la organización del partido. Desde mediados del siglo XIX estaba teniendo lugar en Italia un movimiento nacionalista y revolucionario, “Il Risorgimento”, encabezado por el rey de Piamonte y Cerdeña, Víctor Manuel II, que pretendía la unión de los territorios de lengua y cultura italiana.



Fig. 1. D. Carlos y doña Margarita en 1867. Museo San Telmo-STM.

Las potencias europeas, muy conservadoras en su mayoría, no vieron con muy buenos ojos esta corriente radical. Solamente el emperador Napoleón III

de Francia la apoyó. Víctor Manuel fue anexionándose los ducados de Módena, Toscana, Parma y La Romaña gobernados por duques de origen austriaco, así como otros territorios que pertenecían a los Habsburgos austriacos (Venecia), a los Borbones españoles (reino de Sicilia y Nápoles) y al papado.

En 1870 las tropas italianas conquistaban Roma tras vencer la resistencia de la guardia de zuabos que defendía al papa. Don Alfonso, hermano de Carlos, combatió integrado en esta unidad pontificia. El papa Pío IX declaró sentirse secuestrado y rechazó cualquier arreglo con Víctor Manuel. Pidió ayuda a todo el orbe católico y excomulgó al rey; una medida sumamente grave viniendo de un papa que acababa de ser considerado infalible (el dogma de la infalibilidad del papa se había declarado ese mismo año de 1870). El duque de Aosta, Amadeo de Saboya, hijo del rey Víctor Manuel, fue elegido para gobernar en España en las Cortes constituyentes del 16 de noviembre de 1870. En España en general, y en el País Vasco en particular, los acontecimientos en Italia se vivieron con consternación y dieron bríos al carlismo. El 1 de agosto de 1865 el gobierno de Isabel II reconoció la monarquía de Víctor Manuel, aun a pesar de las enormes presiones del episcopado español, que advirtió una y otra vez a la Reina de los peligros que acarrearía tal medida: “La Iglesia terminará siendo destruida al despojarla de la libertad e independencia necesaria para ejercer su mandato espiritual. Si se aceptan los medios revolucionarios de los sublevados para levantar a los pueblos contra sus legítimos soberanos se pondrá en peligro al resto de las monarquías, y también la paz”.

El reconocimiento por parte de Isabel II de la monarquía italiana en 1866 hizo que los políticos españoles más conservadores, que hasta entonces habían participado en los gobiernos de Isabel II, se fueran alejando para integrarse en un nuevo grupo político, conservador y confesional, el llamado partido neocatólico, que se situó a la derecha del liberalismo moderado. Los neocatólicos tenían gran influencia social, pues eran dueños de importantes periódicos².

Revolución de la Gloriosa. Conmoción en la sociedad vasca

En septiembre de 1868 los partidos que componían la oposición progresista, y los militares que les apoyaban, se pusieron de acuerdo y derrocaban a

(2) RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 34-36.

Isabel II. El gobierno provisional que asumió el poder inició un periodo de intensa actividad legislativa para preparar las bases para la implantación de un régimen democrático con sufragio universal masculino y con libertades. También se dictaron leyes que pretendían abrir el camino hacia la laicidad del Estado. Se suprimían las compañías dedicadas a la enseñanza y se cerraban muchos monasterios, conventos y casas religiosas. Las actuaciones democráticas y anticlericales de la Revolución de la Gloriosa de septiembre de 1868 influyeron decisivamente para que el grupo de los neocatólicos terminase por abrazar el carlismo. La comunión carlista, enriquecida por estos aportes, tomó el nombre de Asociación Católico Monárquica.



Fig. 2. Manifestación a favor de la república en Madrid. *Le Monde Illustrée*.

La sociedad vasca, tan profundamente religiosa e identificada con el clero, quedó conmocionada por las medidas anticlericales que se estaban llevando a cabo. En Gipuzkoa, el seminario de Loyola y el colegio que la orden regentaba en San Sebastián fueron cerrados. Diversas comunidades guipuzcoanas de monjas de clausura: clarisas de Tolosa, carmelitas de Zumaia, concepcionistas de Azpeitia, agustinas de Rentería, etc., recibieron la noticia desde Madrid de que debían de abandonar sus conventos.



Fig. 3. Celebración de la sardina en Madrid.
Las autoridades religiosas ridiculizadas. *Le Monde Illustrée*.

En Gipuzkoa como en el resto del territorio vasconavarro, la oligarquía rural de propietarios, que comulgaba con las ideas del liberalismo moderado, se había posicionado en contra de los carlistas durante la pasada guerra carlista, pero ahora, asustados por los acontecimientos que se estaban produciendo en Italia, realizó un viraje ideológico para integrarse en el carlismo y el partido neocatólico. Como consecuencia de este hecho, en las Juntas de julio de 1868, los carlistas conseguirían por primera vez desde la muerte de Fernando VII el gobierno de la diputación guipuzcoana³.

Supresión de los diezmos en julio de 1869. Oposición del clero vasco

A finales de diciembre de 1868, se celebraron en la nación las primeras elecciones municipales por sufragio universal. En Gipuzkoa los candidatos liberales ganaron en la mayoría de las poblaciones importantes, a excepción

(3) RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 43-50.

BAHAMONDE, Ángel, *Historia de España siglo XIX*. Madrid: Ediciones Cátedra, 1994, pp. 536-576.

de Oiartzun, Azpeitia, Legazpia y Zumaia en que salieron alcaldes carlistas. Pero la Diputación Provincial, que había sido creada en el mes de octubre en San Sebastián para neutralizar a la Diputación Foral (dominada por los carlistas y con residencia en Tolosa), anuló los resultados electorales en estos pueblos, alegando que se habían cometido coacciones a la hora de votar. Mientras se decidía sobre la legalidad o no de los comicios, se mantuvieron en los cargos los ayuntamientos anteriores que eran de signo liberal. De esta manera, en las Juntas Generales que seis meses más tarde, en julio de 1869, se celebraron en Fuenterrabía, los apoderados liberales coparon todos los sillones, lo que les permitió tomar la decisión de llevar a cabo la tantas veces pospuesta reforma del sistema de subvención al clero. Abolieron el procedimiento tradicional del diezmo, que todavía imperaba en las provincias vascas, para establecer una normativa a seguir a fin de que todos los pueblos a través de sus ayuntamientos contribuyeran al sostenimiento de sus parroquias.

Pero los carlistas, la inmensa mayoría del clero vasco y el obispo de la recién creada diócesis vasca, Mariano Alguacil y Rodríguez, consideraron que se había perpetrado una injerencia en las prerrogativas de la iglesia y una supeditación al poder civil lo que dio lugar a una campaña de oposición de la iglesia a todas las reformas democráticas que se fueran estableciendo y que supusieran una intromisión en las prerrogativas de la iglesia.

La hostilidad de los carlistas hacia las autoridades civiles y militares fue en aumento provocaron tumultos y alteraciones del orden público que desembocaron en enfrentamientos armados. La agresividad de los carlistas iba en aumento. Empezaron a esconder en montes y cuevas armas que pasaban de contrabando. Las autoridades reaccionaron creando milicias urbanas integradas por personas de ideas liberales y que tenían por objetivo defender los logros de la revolución liberal y el orden público. En el verano de 1869, la mayoría de los pueblos guipuzcoanos de cierta importancia contaban con unidades de voluntarios de la libertad⁴.

(4) RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 54-58.Ç

CASTELLS ARTECHE, Luis, “El Sexenio Democrático y su repercusión en Guipúzcoa”, *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*. Vol. 2. 1985, pp. 1.271-1.289.

El cura Santa Cruz (1842-1926)

El clero vasco abrazó en su totalidad la causa carlista. En los pueblos, los párrocos alentaban a los jóvenes para que abandonaran sus casas, sus oficios y se lanzaran al monte para pelear por la Causa de Dios. Los voluntarios carlistas entraban en combate con la imagen del Sagrado Corazón bordada en sus camisas. Creían a pie juntillas que el Señor les protegía de las balas del enemigo. Los párrocos se enrolaron por decenas en las partidas carlistas para servir como capellanes. El cura Santa Cruz llegó más lejos y combatió con las armas. Los treinta primeros años de su vida transcurrieron con normalidad. Nadie hubiera pensado que de la noche a la mañana se iba a convertir en un feroz y legendario guerrillero cuyas proezas traspasarían las fronteras del país.

Manuel Santa Cruz y Loidi nació el 23 de mayo de 1842 en Elduaien. En 1868 tras cursar estudios en el seminario de Vitoria se ordenó sacerdote y se hizo cargo de la parroquia del pueblecito de Hernialde, cuya plaza quedó desierta tras marchar su titular a América. Su etapa como religioso duró escasamente un año y medio. Su vida transcurría plácidamente. Todos los días a primera hora celebraba misa y después iba a la escuela que estaba junto a la iglesia para enseñar el catecismo a los niños. Era muy afable con ellos, aunque castigaba severamente a los niños que incurrían en faltas en materia religiosa. Una moralidad extrema de la que dio cumplida muestra en su etapa como guerrillero. No aceptó en su partida borracheras, blasfemias, ni el más mínimo coqueteo con mujeres. Algunos de sus hombres que cometieron alguna de estas faltas fueron apaleados y amenazados de muerte. Por lo demás, su conducta era bastante normal. Se le veía frecuentar la taberna del pueblo donde jugaba partidas de mus con algunos vecinos. Tenía una conversación distendida, amena y cargada de bromas. Su huida precipitada a Francia en octubre de 1870 para escapar de una prisión segura sorprendió a todos. Los vecinos conocían sus simpatías por la causa del pretendiente, él no se las callaba, pero nadie llegó a suponer que hubiera estado implicado en el levantamiento armado fallido de agosto de 1870⁵.

(5) AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 9-23.



Fig. 4. Retrato del cura Santa Cruz. D.F.G. KMK.

La primera sublevación carlista: la “Escodada (agosto de 1870)

El 28 de agosto de 1870, se produjo la sublevación conocida con el nombre de la “Escodada”. El coronel Antonio Escoda, jefe de carabineros del distrito norte, simuló un acuerdo con los carlistas. A cambio de su ascenso y diversas cantidades de dinero, permitiría el paso por la frontera de los jefes carlistas y sus hombres. El escribano de Bera, Ángel Larrumbe descubrió en el último momento el intento de emboscada y avisó al general carlista Díaz de Rada, Jefe carlista responsable de las Fronteras de Navarra, Bascongadas y Cataluña, quien dio la orden de detener la marcha de sus hombres cuando estaban ya pasando por un portillo montañoso situado en la misma muga fronteriza. Afortunadamente, D. Carlos, su secretario Emilio Arjona y Joaquín Elio, junto con 200 de sus partidarios, se libraron de ser apresados.

Sabedor de los planes de los carlistas, el capitán general de Vascongadas y Navarra Allende Salazar dictó medidas muy severas (bando del 27 de agosto) para contener el levantamiento: *“Todo faccioso cogido con las armas en la mano sería fusilado de inmediato y las familias que tuvieran mozos en la facción serían multadas con 4.000 reales, si no se presentaran los sublevados en el improrrogable plazo de ocho días”*.

En Gipuzkoa la contraorden de suspender el levantamiento no llegó a tiempo para la mayoría de las partidas, que ya se habían echado al monte. Los comprometidos de Bergara sí pudieron ser avisados y permanecieron en sus casas. Un grupo de unos 200 mozos de Irún y Oiartzun con el brigadier Nicasio Otamendi al mando inició su marcha el 1 de septiembre. La facción perseguida por los miqueletes del capitán Arana, jefe de la guarnición de Oiartzun, fue derrotada en la zona de Aia-Asteasu. En Azpeitia se sublevó la partida de José Antonio Amilibia, alias Txanton, compuesta de 400 jóvenes de Azpeitia y Azkoitia. Tenían como objetivo apoderarse del armamento de las fábricas de armas de la zona, pero desde el primer momento se les echó encima el ejército, y los integrantes no pudieron hacer nada. Fueron dispersados y sus armas en su mayoría confiscadas. En el distrito de Tolosa, se sublevaba el teniente coronel José María Recondo a requerimiento del jefe carlista de la zona, Antonio Elosegui, propietario de la fábrica de boinas. La partida de Recondo lo componían hombres de Tolosa e Ibarra, entre los que se encontraba el hijo del cabecilla, Juan José Recondo Mújica.

De los 500 individuos que se habían comprometido, solo acudieron al punto de reunión en el molino viejo de Belauntza 22 muchachos. El grupo inició una andadura a través de los montes de Alizo y las estribaciones de Aralar hasta alcanzar el barrio de Aia en Ataun. Allí les guardaba una misiva del diputado general, Miguel Dorronsoro, en la que se les comunicaba el fracaso del movimiento. Los insurgentes escondieron las armas en un zulo y se dispersaron por los caseríos vecinos. El cabecilla Recondo y otros individuos con mando decidieron escapar a Francia. José María Recondo Aguirre, pudo regresar a su pueblo, tras un año de exilio en Francia, aprovechando la amnistía general que se promulgó. Tuvo que pagar una fuerte multa y desde entonces estuvo recluido en su casa de Errekondea en Ibarra, y sometido a la vigilancia de una pareja de voluntarios de la libertad de Tolosa. Los párrocos de los pueblos de Hernialde y de Sorabilla, Santa Cruz y Patricio Orkaiztegi, también huyeron a Francia, debido a que habían colaborado en el alzamiento, recogiendo y guardando las armas utilizadas por la partida de Recondo. En su exilio, estuvieron alojados en la casa de campo que la familia Larreta Azelain tenía en Bidart. Esta ilustre familia tenía su residencia habitual en Sorabilla. En la casa de los Larreta de Bidart se encontraron Santa Cruz, Patricio Orkaiztegui y el párroco de Tolosa, Luciano Mendizabal, que había llegado unos pocos meses antes. El vicario tuvo que huir del pueblo para evitar ser llevado a

los tribunales. Tenía ideas ultraconservadoras y las expresaba de forma violenta⁶.

En diciembre de 1869 tuvieron lugar las primeras elecciones municipales por sufragio universal en la historia. El vicario no aceptaba que los asilados de la Casa de Beneficencia votaran y ordenó que las puertas de la Misericordia permanecieran cerradas. Pero el médico Azcoaga, cirujano de la Casa, se opuso a la arbitrariedad del vicario y salió en compañía de dos acogidos que deseaban votar. Luciano avisado por la superiora, le salió al paso. Hecho una furia arremetió contra Azcoaga dando gritos y amenazándole. Con la ayuda de otros asilados forzó a los dos acogidos a entrar de nuevo en la Casa. Al poco, el Sr. alcalde, enterado del altercado que estaba teniendo lugar, llegaba hasta el lugar de los hechos en compañía de varios regidores y portando su vara de mando como signo de su autoridad. El alcalde le espetó al vicario que era él como presidente de la corporación la máxima autoridad de la Casa Beneficencia. Luciano se puso muy excitado y mientras le empujaba al suelo le decía que en la Casa él era todo. Acto seguido salió del edificio acompañado de un gentío de gente y se dirigieron por la calle Emperador hasta la iglesia de Santa María. A todo esto, el resto del pueblo había salido de sus casas y tomando bando a favor de unos o de otros comenzaron a discutir de forma acalorada unos contra otros.



Fig. 5. Santa Cruz acompañado del cura de Amezqueta, Francisco de Felipe, y de los vicarios de Tolosa y Sorabilla, Luciano Mendizábal y Patricio Orcaiztegui. Foto tomada en la casa de la familia Azelain en Ciboure en el año 1870. Autor Ferdinand Bérillon. Fondo Archivo de Loiola.

(6) RECONDO MÚJICA, Juan José, *Memorias inéditas*. Fondo familia Recondo.

En el juicio que se celebró en el juzgado de Tolosa en ausencia del vicario, éste fue condenado a siete meses de prisión en un correccional, con pérdida del cargo y sus derechos políticos, además del pago de los costes judiciales.

La sublevación carlista de abril de 1872. Desencuentros entre Recondo y Santa Cruz

Don Carlos mantenía una posición fluctuante entre pacifistas y belicistas. Los neocatólicos eran partidarios de alcanzar el poder por vías pacíficas. Aducían que los resultados en las dos elecciones generales que habían tenido lugar, la de enero de 1869 para elegir diputados y senadores en la Cortes y la 2 de abril para refrendar la decisión de ofrecer la corona al duque Amadeo de Saboya les habían sido muy favorables. Los carlistas por el contrario deseaban el enfrentamiento armado. Tras el fracaso electoral en las elecciones generales de abril de 1872, D. Carlos se decantó por los partidarios de la lucha armada.

El 14 de abril el pretendiente ordenó a los suyos que el 21 de abril de 1872 iniciaran el alzamiento al grito de ¡Viva Carlos VII!, ¡Abajo el extranjero! (se refería al rey Amadeo I) ¡Viva España! Primero se rebelarían las guarniciones de las plazas fuertes de Gerona, Seo de Urgell y Pamplona. A la misma hora se daría el golpe en Bilbao. Inmediatamente después tendría lugar el levantamiento en las provincias catalanas, vascas y en Navarra. D. Carlos nombró al general Díaz de Rada jefe de los ejércitos en Navarra y Bascongadas, y le ordenó que iniciase el bloqueo de San Sebastián y se apoderase de las plazas de Irún y Hondarribia. Pero ninguna plaza fuerte, ni tampoco capital de provincia alguna, cayó en poder de los insurrectos. Los sublevados sumaban varios miles, pero estaban mal armados y les faltaba cohesión interna.

Los acontecimientos no se estaban desarrollando de forma favorable y Rada escribió a Don Carlos, recomendándole que no entrara en España. Pero D. Carlos ya tenía tomada su decisión y el 2 de mayo cruzó, junto con Arjona y varios ayudantes, la frontera por Bera de Bidasoa. Allí le esperaban varios cientos de partidarios. Las tropas gubernamentales del Ejército del Norte al mando del general Serrano se pusieron en marcha para sofocar la sublevación. Su situación militar era inmejorable: bien armados, con superioridad numérica, y las líneas de suministros intactas. El general estableció su cuartel general en Tudela el día 30 de abril. Desplegó a sus fuerzas y dio instrucciones a su subordinado Moriones para que con el ala derecha se adentrara en

Navarra. Moriones sorprendió el 4 de mayo a las tropas del pretendiente en Oroquieta. El desastre fue total.



Fig. 6. Batalla Oroquieta, 4 de mayo de 1872. Autor Urrabieta, Vicente. Ilustración Española y Americana.

En el informe a la superioridad, Moriones habló de una participación de 5.000 carlistas, de los cuales 749 fueron hechos prisioneros y deportados a Ultramar. Entre muertos y heridos los carlistas tuvieron 48 bajas por 34 de los gubernamentales. La acción de Oroquieta le valió a Moriones el ascenso a teniente general y el título de marqués de Oroquieta. D. Carlos y 200 partidarios pudieron escapar y cruzar la frontera el 5 de mayo. El general en jefe del ejército del Norte, Serrano, fue eliminando a los carlistas alzados en las tres provincias vascas.

En Gipuzkoa, se levantaron en armas varias partidas: las de Ibarrola, Amilibia, Dorronsoro, Ayastuy y Recondo. Este último, teniendo el grado de coronel, asumió el protagonismo en la provincia. La insurrección no fue una sorpresa para el gobierno. Eran tales los deseos de la colonia carlista en Francia, que no fue posible mantenerse en silencio por más tiempo. En Bayona, Biarritz y San Juan de Luz, en todas las esquinas, se hablaba de la inminencia de un alzamiento. Las autoridades de la nación y de la provincia se prepararon. Se concentraron tropas en diversos puntos: Irún, Oiartzun, Tolosa, Zumárraga y Azpeitia. Se tomaron medidas de vigilan-

cia en las líneas férreas y telégrafos, así como en las fábricas de armas en Soraluze, Eibar, Azpeitia. El mando militar ordenó a las unidades que ejercieran una persecución incesante, un hostigamiento constante para impedir que los facciosos pudieran tener un momento de descanso y que pudieran avituallarse⁷.

Las andanzas de la partida del coronel Recondo las conocemos por su hijo, Juan José Recondo Múgica, que las plasmó en su diario.

Recondo dispuso que el levantamiento tuviese lugar en Beasain, aprovechando las fiestas del pueblo en honor de San Martín de Loinaz. En la tarde del 20 de abril, José María Recondo y su hijo cogieron el tren de las diez de la noche para Beasain, pretextando la visita a una hermana suya casada con un vecino del pueblo que también estaba implicado. El cabecilla Recondo llevaba las órdenes recibidas en el interior de la boina. A lo largo del día siguiente fueron llegando a Beasain otros comprometidos, que venían de Tolosa, Ibarra y de otros pueblos vecinos, hasta alcanzar los 300 individuos. Como Beasain se hallaba en fiestas no llamó la atención un número tan elevado de forasteros. Las armas estaban escondidas en Zaldibia y había que ir a recogerlas. Se acordó salir del pueblo cuando apareciese el toro de fuego. Así lo hicieron sin problema alguno. Las armas estaban escondidas en la casa del párroco del pueblo, don Patricio, que había sido nombrado capellán castrense de la partida.

(7) PIRALA, Antonio, *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil*, Pamplona: Herper, 1999, Tomo 16, pp. 649-662.



Fig. 7. Mapa de Gipuzkoa de la época. D.F.G. KMK.

Tras unas horas de preparativos, los sublevados se pusieron de nuevo en marcha llegando al barrio de Aia de Ataun. Allí se les unió Antonio Dorronsoro, hermano del diputado general, con un grupo de 200 hombres. El diputado general y escribano de Ataun, Miguel Dorronsoro, gozaba de gran prestigio en la zona; había conseguido reclutar a todos los varones del pueblo, desde viejos a jóvenes, incluyendo a los tres curas. La partida se había ido engrosando hasta alcanzar los 500 individuos. Eran demasiados hombres para pasar desapercibidos por lo que sabedores que el enemigo se hallaba en Lazkao, Recondo tomó la decisión de hacer noche a la intemperie en el monte Auza Gaztelu. Al amanecer del día siguiente, 23 de abril, se unió al grupo el cura Santa Cruz con 21 individuos de Tolosa y Hernialde. El cura exigió ser nombrado capellán de la partida, pero Recondo le aclaró que no era posible, puesto que ya contaban con un capellán que había sido impuesto por la superioridad. A Santa Cruz no le gustó nada la respuesta de Recondo y dio muestras de profundo descontento.

Los sublevados reanudaron su marcha por el interior de la provincia. En el alto de Itziar fueron sorprendidos por una fuerza combinada de voluntarios de Bergara, Placencia, Elgoibar y Deba.

“Decidimos hacerles frente, pero ellos rehuyeron el combate. Parecía como que no se atrevían a plantarnos cara y estuviesen esperando el momento oportuno para cogernos entre dos fuegos con la ayuda de los miqueletes y el ejército”.

“Llevábamos días sufriendo una persecución implacable que nos impedía racionarnos, dormir y descansar, pero a pesar de todo seguíamos manteniendo el entusiasmo y la fe que teníamos nos servía de almohada”.

Los insurgentes, a su paso por los pueblos trataban de llevarse a los mozos de los caseríos, pero estos se escondían en los montes. *“Nos veíamos reducidos a nuestras propias fuerzas. Volvieron sobre sus pasos y el 27 de abril se plantaron de nuevo en Beasain. A poco llegó el tren que fue detenido y revisado. Recondo mandó que se inutilizara el telégrafo y se llevaran las piezas. Santa Cruz había atrapado a uno de los viajeros, un joven cura, y se empeñaba en fusilarlo, pero Recondo que se negaba a permitirlo, le dijo: ¿A santo de qué quieres que se le fusile? ¡Es un liberal rabioso!, le respondió el cura. Recondo sentenció: “¡Por ese delito quieres condenarlo a la última pena! ¡Buena fama vamos a coger! Nosotros, defensores de la religión. ¿Hemos dar principio a la guerra fusilando a un sacerdote?”. Como seguía insistiendo Santa Cruz, a Recondo no le quedó otra que agarrar al infeliz cura por un brazo y montarlo en el tren para que siguiera su viaje.*

El cura fue desarrollando una gran animosidad hacia Recondo, ya que le impedía obrar a su modo y consideraba que era muy blando con el enemigo. Fue haciendo vida separada de los demás, iba a su aire. Apenas se le veía en las marchas, ya que se incorporaba a la columna después de que ésta llevaba largo tiempo de jornada. Nunca informaba de los lugares de su alojamiento, “pero entre nosotros todos sabíamos que dormía en las casas de los curas”.

La noche del 27 de abril Recondo y sus hombres hicieron noche en Segura. El 28 de abril llegaban a Oñati. Allí se les unió el cabecilla de Bergara, Ayastuy, con 200 hombres. Llovía torrencialmente, pero pudieron encontrar cobijo. Llevaban días de marcha en penosas circunstancias y se sentían muy dichosos de que por fin iban a poder dormir en camas con colchones; sin embargo, para desgracia de todos en el momento de acostarse sonó el toque de llamada y tuvieron que salir del pueblo a la carrera, pues se

acercaba una columna del ejército. Era el batallón de Mendigorria que había salido de Zumárraga. Los voluntarios carlistas pasaron la noche, acurrucados y empapados hasta los huesos, tumbados en los arcos del ayuntamiento de Arrasate. El 29 pernoctaron en uno de los barrios de Arretxabaleta. Perseguidos por un enemigo que iba acumulando fuerzas a su alrededor, se vieron forzados al día siguiente a pasar a Alaba por el túnel de San Adrián. Llegaron a Zaldueño, donde se juntaron con los voluntarios y miñones sublevados del comandante general carlista de Álaba, Martínez de Velasco. Los dos grupos se pusieron de acuerdo para tender una emboscada a los hombres de la guarnición de Agurain-Salvatierra, pero estos consiguieron escaparse por los pelos.

En la madrugada del 3 de mayo, la partida de Recondo se hallaba de nuevo en Ataun. Llegados a Lazkao, descansaron en el prado situado frente al convento de las monjas. Las religiosas les dieron de comer y les repartieron escapularios. El cura y los jefes iban colocando los escapularios en el cuello de sus hombres, mientras Recondo les arengaba y animaba *“A morir en defensa de la Religión, asegurándoles que alcanzarían la Bienaventuranza Eterna”*. En la madrugada del 4 de mayo la columna rebelde se puso en marcha en la dirección de Segura. Sabedor el comandante Rodríguez Sierra, jefe de la guarnición de Tolosa, que Recondo se dirigía a Segura decidió cortarle la retirada. Puso en el tren con destino Ormaiztegui a sus hombres, unos 300 entre voluntarios de la libertad, miqueletes y ejército. En la madrugada del 5 de mayo los gubernamentales sorprendieron a los insurrectos; estos no se habían percatado de su proximidad por causa de la espesa niebla reinante. El comandante había preparado un plan para coger al enemigo entre dos fuegos impidiendo su huida. Los soldados entrarían en el pueblo en el mismo momento en que los miqueletes alcanzaran la cumbre del monte Sta. Bárbara, situado por encima del pueblo. Afortunadamente para los insurgentes, las cosas salieron mal por la precipitación de los soldados de la compañía de Segorbe, que empezaron a disparar antes de tiempo. Los soldados penetraron en el pueblo en tromba, a la bayoneta calada. Los carlistas, que estaban preparando una suculenta comida a base de ternero asado, fueron totalmente sorprendidos y tuvieron que retirarse precipitadamente, abandonado en el lugar armas, pertrechos y provisiones, así como las piezas del telégrafo de la estación. Los carlistas corrían monte arriba como locos azuzados por Recondo que blandía el sable y les gritaba para que se dieran prisa. Consiguieron alcanzar la cima antes que los miqueletes de Urdapilleta. Desde las alturas, los hombres de Recondo, bien parapetados y en posiciones ventajosas, rompieron

fuego con eficacia contra los liberales, que tuvieron que retirarse. Las tropas gubernamentales sufrieron 15 heridos, dos oficiales y 13 soldados. Cuatro carlistas fueron hechos prisioneros.

Después de la refriega la partida de Recondo, que ya alcanzaba los 1.200 hombres, se dividió. Los hombres de Ayastuy fueron a Oñati (Ayastuy moriría diez días más tarde en la batalla de Mañaria), y la partida de Recondo volvió sobre sus pasos. Por el puerto de Lizarrusti, penetró en la sierra de Aralar y se adentró en tierras navarras. El 7 de mayo, la partida hizo noche en Baraibar. Al día siguiente, tras pasar por Azpirotz, los insurgentes llegaban a Leitza. Allí se les unieron Elio y otros generales, Ugarte, Ceballos, Santiago Lirio, que habían combatido en Oroquieta. Venían solos, sin más fuerza que sus ayudantes. Su soledad causó una honda impresión en los hombres de Recondo. Los huidos de Oroquieta les dieron cuenta de la hecatombe que había supuesto la batalla; las noticias produjeron un efecto muy desmoralizador en todos. Elio asumió la dirección del grupo, 700 hombres en total. De repente se desató un temporal de agua y nieve. Corrieron todos a refugiarse en un case-río. Un confidente dio la voz de alarma de que una columna del ejército se encontraba en Huitzi. Recondo propuso a Elio interceptar la carretera y hacer frente a los gubernamentales, pero el anciano general, no viendo a su alrededor más que caras desengañadas, opinó que no se lograría ya nada. Y en su lugar decidió huir hacia Arano donde pernoctaron. Los carlistas iban siendo rodeados por el ejército.

El día 7 de mayo el general Primo de Rivera, que se encontraba en Irurtzun, decidió cerrarles el paso. Ordenó al Primer Batallón del Rey, al mando del coronel Oviedo, en que fuera en persecución del cabecilla carlista, mientras que el coronel Aldanesi, con ocho compañías del ejército y 200 carabineros, se dirigiera a Oroquieta primero y alcanzara después Santesteban y Goizueta para evitar que pudieran llegar a la frontera. En la madrugada del 8 de mayo Oviedo llegó a Leitza, pero no pudo atrapar a la columna insurgente que había huido por el alto de Ezkurra. El 10 de mayo los carlistas llegaron a Arantza-Aranaz. Para aquel entonces la fuerza rebelde estaba insubordinada y las desertiones comenzaron a aparecer; el cura Santa Cruz fue el primero en hacerlo con ocho o diez de sus incondicionales. Ante esto, Elio consideró que era imposible seguir adelante y dispuso que cada cual actuase como mejor le pareciera. La mayoría de la clase de tropa optó por acogerse a indulto y entregarse a la columna que se hallaba en Bera. Los jefes pasaron a Francia, donde fueron detenidos y conducidos a zonas de la nación alejadas de la frontera con España.



Fig. 8. Conducción de presos de la partida de Recondo que se han rendido en Bera. D.F.G KMK.

Posteriormente, el cura hizo declaraciones muy críticas sobre la actuación de Recondo y su partida diciendo que: “*Se limitó a recorrer los montes de Guipúzcoa, y parte de los de Navarra, pasando sin más incidentes que un pequeño tiroteo, hasta que entregaron sus armas al Gobierno en Santisteban y Aranaz*”⁸.

(8) RECONDO MÚJICA, Juan José, *Memorias inéditas*. Fondo familia Recondo.

RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876)*. Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 54-58.

Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del Ejército. Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883, Tomo II, capítulo I.

Santa Cruz: cabecilla guerrillero. Junio 1872



Fig. 9. Santa Cruz y su guardia de confianza en Bera.
Foto de Ladislas Kornarzewski. Fondo Víctor Sesúmagá.

En los primeros días de junio Santa Cruz cruzaba la frontera. Le esperaba Soroeta, que había conseguido reclutar un reducido número de combatientes en la zona de Oiartzun, Goizueta y Arano. Los insurgentes se dedicaron a la tarea de recoger las armas que habían sido escondidas dos meses antes por las partidas sublevadas. Las dos semanas vividas junto a Recondo y su partida le fueron de gran ayuda al cura Santa Cruz, que extrajo enseñanzas que posteriormente le fueron de mucha utilidad. En primer lugar, nunca más serviría a jefes y oficiales, ya que todos sin excepción carecían del talento y energía suficiente; en adelante lucharía por su cuenta. La única forma posible de vencer al enemigo era practicando la guerra sin cuartel, sin mostrar piedad alguna. Por último, debía poner el máximo empeño en la destrucción de las vías férreas, que hacían posible que el adversario trasladara grandes masas de soldados y material hasta cualquier lugar.

El grupo de Santa Cruz, caminando de noche y escondiéndose en case-ríos de su entera confianza, llegó a Azpeitia el 6 de agosto. Necesitaban comida y dinero, y para ello fueron dando pequeños golpes de mano y perpretando atracos. Pero les faltaban armas. Por confidencias el guerrillero se enteró que por la carretera de Arrasate iba a pasar un bagaje de armas con destino a San Sebastián. Eran parte de los fusiles abandonados por las partidas insurgentes. Una escolta de 30 hombres protegía el convoy. El plan diseñado por Santa Cruz de tratar de hacerse con las armas con la ayuda de la mitad de sus hombres mientras que su lugarteniente Soroeta, con la otra mitad, llamase la atención del enemigo para que aflojara la custodia de las armas, tuvo éxito. El tiroteo que se produjo alertó a las guarniciones de Arrasate, Bergara, Elorrio y Otxandiano, que acudieron en ayuda de los nacionales, pero no llegaron a tiempo. Santa Cruz escondió las armas al pie del puerto de Kampazar y se dirigió a Elorrio con su grupo. Antes de llegar al pueblo hicieron un alto para descansar y comer. A uno de sus hombres, al atarse las alpargatas, se le escapó un tiro que le hirió en la mano. El propio Santa Cruz tomó al herido y se lo llevó a un caserío de su confianza para que fuera curado. Sorprendido por la tropa, fue hecho preso y conducido a Aramayona. Los miqueletes le querían fusilar de inmediato, pero el capitán impuso su criterio de esperar hasta que llegara la autoridad competente. Le encerraron en la sala del ayuntamiento. No tenía la menor duda de que sería fusilado tras ser sometido a un juicio sumarísimo. En la segunda noche de encierro se hizo pasar por enfermo, fingiendo un grave dolor de cabeza. Le pusieron en la frente unos paños fríos. En un descuido del centinela ató en el balcón los paños y una chaqueta. Luego salió al balcón para orinar de urgencia y en un santiamén, con la ayuda de la improvisada cuerda, consiguió descolgarse por el balcón que estaba situado a una respetable altura y caer al suelo. Quedó malherido, pero tuvo fuerzas para zafarse de sus perseguidores. Caminando por parajes apartados, y con la ayuda de habitantes de caseríos, consiguió llegar a Francia. Sus compañeros habían cruzado la frontera con anterioridad⁹.

(9) AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 26-42.

Inicio de la sublevación en el Norte. 20 de diciembre de 1872

Tras superar algunas dudas iniciales, D. Carlos fijó para el 20 de diciembre la fecha de la insurrección armada. El levantamiento de abril del año anterior había fracasado de forma estrepitosa. Nadie olvidaba este hecho.

Para evitar que volviera a ocurrir lo mismo, se decidió que esta vez se seguiría una estrategia diferente que ya había sido empleada con anterioridad con éxito por Zumalakarregi en la 1.^a guerra carlista. Los sublevados se distribuirían en pequeños grupos que actuarían por separado. De momento, se evitarían en lo posible los enfrentamientos directos en campo abierto con las unidades del ejército. Había que dedicar un tiempo a instruirse y armarse antes de enfrentarse al enemigo.



Fig. 10. Antonio Lizárraga, Comandante General de Gipuzkoa. D.F.G. KMK.

D. Carlos fue escogiendo a los mandos que encabezarían el levantamiento. Antonio Dorregaray accedió al cargo de Comandante General de Navarra y Bascongadas. Nicolás Olló, Gerardo Martínez de Velasco, Eustaquio Llorente y Antonio Lizarraga fueron nombrados comandantes generales de Navarra, Bizkaia, Alaba y Gipuzkoa respectivamente.

El marqués de Valdespina, Juan Nepomuceno Orbe, asumió la jefatura del Estado Mayor Central, y el coronel José Pérula el mando de la caballería. Todos ellos habían combatido como oficiales en la primera guerra carlista. Así mismo todos, a excepción de Valdespina, se habían acogido al Convenio de Bergara y continuado su carrera militar en el ejército gubernamental¹⁰.

(10) RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 71-73.

Santa Cruz regresa. Base de operaciones en Oiartzun. 3 de diciembre de 1873

Los comandantes nombrados por D. Carlos se hacían un tanto los remolones y tardaban en hacerse cargo de sus destinos. No ocurrió lo mismo con el cabecilla Manuel Santa Cruz que, impaciente por servir a la Causa, no pudo aguardar a que D. Carlos anunciase el comienzo del alzamiento y en la noche del 3 de diciembre apareció en los montes de Oiartzun con un grupo de cuarenta a cincuenta carlistas. Ese mismo día salía de Goizueta otra partida de 30 hombres, al frente de la cual se hallaba el fogoso Sebastián Soroeta. Al día siguiente el cabecilla se trasladó a Urnieta y causó importantes destrozos en la vía férrea. Esta acción fue el preludio de una etapa de actividad incesante, con acciones de guerrilla muy atrevidas y cruentas, jugando al gato y al ratón con las fuerzas perseguidoras dirigidas por Urdapilleta, Arana y Juan Pablo Logendio, que estaban al mando del cuerpo de miqueletes en los distritos de Tolosa, Oiartzun y Ataun respectivamente.

Santa Cruz eligió Oiartzun como base de sus operaciones por su cercanía a la frontera y al macizo montañoso de Aia. En caso de peligro el cura y sus hombres podían preparar a las peñas y esconder sus armas en los numerosos escondrijos y zulos existentes en la zona. Oiartzun estaba compuesto de ocho barrios y contaba con una población de 3.900 vecinos que habitaban, en su mayoría, en caseríos dispersos. Como la inmensa mayoría de la población profesaba la ideología carlista, Santa Cruz dispuso de una fuente casi inagotable de combatientes. Muchos de ellos se habían dedicado al contrabando, por lo que conocían muy bien el terreno por donde pisaban.

Desde el primer momento la partida quedó dividida en dos cuadrillas. Una, bajo el mando de Sebastián Soroeta, solía quedarse en la retaguardia en Aritxulegi, operando en la zona y llevando a cabo tareas logísticas, de contrabando de armas, de instrucción, de reparación de armas y de fabricación de cartuchos. El otro grupo, integrado por los hombres más aguerridos, acompañaba a Santa Cruz, en sus correrías por la zona de Tolosaldea-Goierri-Aia, donde el cura tenía muchos amigos y confidentes. Solía permanecer unos pocos días en el exterior, efectuando pequeños golpes de mano, tendiendo emboscadas, cobrando impuestos y peajes, también tratando de descarriar trenes y destruir vías y estaciones. Después regresaba a su guarida de Aritxulegi acompañado de nuevos reclutas, que iban a recibir instrucción en el lugar de Olaundieta, una loma cercana a Aritxulegi¹¹.

(11) AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 92-94.



Fig. 11. “Descarrilamiento del tren en Igaztegieta”. *Le Monde Illustrée*.

Acciones del cabecilla Santa Cruz en la comarca de Tolosa. Enero-febrero 1873

El 9 de enero de 1873 Santa Cruz irrumpió en la localidad de Anoeta y capturó al alcalde liberal del pueblo, Rafael Francisco Otamendi, alias “Jacas”, llevándoselo maniatado.

Su cadáver apareció muerto de un tiro en la cabeza en el bordillo del camino que conducía a Tolosa. Un crimen atroz que el cura lo justificó:

“¿Qué iba yo hacer con aquel espía a quien llamaban “Jacas”, hombre astuto y que, como decían, valía como todo un regimiento? Yo no tenía ánimo de fusilarle, pero él, con la intención de dar tiempo a que acudieran sus amigos, no hacía más que exclamar en voz muy alta ¡Santa Cruz! ¡Santa Cruz!. Tres veces le intimé que se callara y que echara a andar, las tres veces desobedeció mi orden, entonces ordené hacer fuego contra él”.

La noticia causó una gran conmoción e indignación en Tolosa, ya que el finado, tratante de ganado, era persona muy conocida y apreciada. Rápidamente se puso en marcha hacia el lugar de los hechos una fuerza de voluntarios de la libertad, que practicó detenciones en las personas del párroco de Anoeta y el hermano de éste, así como del coadjutor de la parroquia, acusados de ser cómplices del cura.

Una gran masa de vecinos enfurecidos aguardaba en la calle Mayor el regreso de la unidad armada y de los detenidos. La visión de los detenidos encendió todavía más los ánimos de la muchedumbre, que se lanzó sobre los presos y fueron linchados a pesar de los esfuerzos de los voluntarios, que se vieron arrollados por la multitud. El párroco sufrió heridas muy graves, que le provocaron la muerte a los pocos días.

Santa Cruz no tardó mucho en vengar la muerte de su amigo, el cura de Anoeta. Capturó a dos milicianos nacionales que bebían en una taberna situada a las afueras de Tolosa, los desarmó y, sacándolos fuera de la tasca, los mandó ejecutar. El 14 de febrero, en respuesta a la acción del cabecilla, el diputado general Aguirre desde su residencia en Tolosa dictaba un bando ofreciendo 12.000 pesetas por la cabeza de Santa Cruz y ordenaba que cuatro compañías de miqueletes fueran en persecución del cura. Los carlistas reaccionaron ofreciendo 20.000 pesetas por la cabeza del diputado general. Santa Cruz, enterado de la recompensa ofrecida por su persona, llegó a exclamar: *“Mucho me alegro que valga tanto mi cabeza. Mi hermana en Tolosa paga por una cabeza de cerdo catorce reales, y siendo grande dieciocho. Yo no puedo ofrecer más de esta cantidad por la cabeza del Gobernador”*.

Otamendi no fue el único regidor asesinado por Santa Cruz. También el teniente alcalde de Berastegi fue ajusticiado por el cura en marzo de ese mismo año. Intentó hacer lo mismo con los alcaldes de Berastegi y Elduaïen, pero pudieron esconderse a tiempo. El médico de Berastegi entregó al cabecilla 20.000 reales a cambio de conservar la vida. Santa Cruz se hizo con otra suma similar que se guardaba en la tesorería del consistorio¹².

En el mes de marzo las autoridades, como represalia a las fechorías del cabecilla, metieron en prisión a su hermana Josefa Ignacia Santa Cruz, a su tío el presbítero Francisco Antonio Sasain y a varios más. Llegó a oídos del cura las amenazas de muerte que hacían a su hermana si él no dejaba de actuar y pasaba a Francia. Y decidió intervenir. Se apostó en la salida de Tolosa y detuvo el carricoche donde viajaba el conocido personaje liberal Nicasio Santos y su anciano padre. Usaban diariamente el coche para ir al centro del pueblo desde su casa de campo en el barrio de San Esteban. El cura ofreció soltarlos a cambio de la liberación de su hermana. Nicasio aceptó el acuerdo bajo palabra de honor, pero después no lo cumplió.

Convencido Santa Cruz que las amenazas hacia su hermana iban en serio quiso salvarla aun arriesgando su propia vida.

(12) AGG-GAO DM 1,2.

En una noche oscura, acompañado de seis de sus muchachos, se acercó a las puertas de Tolosa vestido de casero. Dejó a sus compañeros a resguardo en un punto conveniente y subió él solo a la vivienda de un personaje importante.

Este se hallaba ya en la cama a punto de dormir, pero el cabecilla se lo llevó consigo a medio vestir. Al día siguiente dirigió un oficio al alcalde comunicándole que el prisionero sería fusilado si no dejaban libre de inmediato a su hermana. Era de sobra conocido por todos que el cura no amenazaba en vano y Josefa Ignacia fue puesta en libertad. Para evitar problemas en el futuro, Santa Cruz envió a su hermana a Francia.

Santa Cruz tenía muchos amigos en Tolosa. Uno de ellos era el confitero Miguel Gurruchaga Larrañaga. Se conocían desde la infancia. Habían estudiado juntos las primeras letras en la escuela del tío del cura. Miguel, carlista acérrimo, se había convertido en confidente del cabecilla, al que informaba de todos los movimientos de la guarnición de la plaza.

Así mismo, el confitero guardaba armas de la partida del cura en diversos zulos. Ambos solían reunirse con frecuencia en el local de la confitería que daba puerta con puerta con la farmacia de Azkoaga, un ferviente liberal. En ocasiones el cura disfrazado se tropezó con el farmacéutico. Incluso llegaron a intercambiarse palabras sin que nunca fuera reconocido¹³.

Santa Cruz y Lizárraga frente a frente. Enderlatsa

En Gipuzkoa los preparativos carlistas se retrasaron con respeto a Navarra por culpa del cura Santa Cruz, que impedía el trabajo de Lizárraga. El cura no aceptaba la autoridad del comandante general de Gipuzkoa y hacía la guerra por su cuenta. Santa Cruz había ya conseguido reunir una importante partida, unos 600 hombres, y recibía de continuo nuevos aportes. Se apoderaba de las armas y dinero que los carlistas enviaban desde Francia. El cura utilizaba todo tipo de coacciones para evitar que los nuevos voluntarios se enrolasen en las filas de Lizárraga. Perseguía, apaleaba, incluso fusilaba, a todo combatiente carlista que se opusiera a su mando. De ahí que, cuando un 6 de enero de 1873 llegó Lizárraga a Beasain procedente de Francia, solo

(13) RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876)*. Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 74-76.

AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 109-115.

encontrase a ocho personas esperándole. El viaje lo hizo en tren de incógnito, ocultándose de la policía y guardia civil que vigilaba las estaciones.

Lizárraga no se desanimó por ello; al contrario, desplegó una gran actividad y en pocos días consiguió reunir, gracias a la inestimable ayuda del propietario Iturbe, a varios cientos de hombres con los que formó el batallón de cazadores de Azpeitia. No tenían armas. Pero el 27 de enero, con la ayuda de algunas fuerzas navarras que le prestó Olló, y actuando con mucho riesgo, se apoderó de armas y munición de la fábrica de armas de Azpeitia.

Lizárraga deseaba que en Gipuzkoa se armasen un número similar de batallones a los que había en Navarra, pero tropezaba con las dificultades que le ponía Santa Cruz, que no le obedecía y que le presentaba toda clase de obstáculos.

Al día siguiente de la batalla de Udabe, reconfortado el comandante general guipuzcoano por el éxito obtenido, se trasladó a Lekunberri, donde se hallaba el cura, para entrevistarse con él e insistir en unificar sus fuerzas. Los dos líderes y sus hombres se vieron frente a frente. Los seiscientos veteranos del cura miraron con desdén a los 400 hombres poco fogueados del comandante general. Lizárraga se dirigió a su interlocutor en actitud conciliadora. Expresó la admiración que sentía por las gestas que había realizado. Pero el cura le respondió con la indiferencia más absoluta, permaneciendo en todo momento en silencio con la mirada ausente y con un gesto de desconfianza.

Lizárraga se sorprendió de la pobre imagen física del cura:

“Su aspecto vulgar y sus toscas palabras no estaban en consonancia con sus habilidades en el combate. El cura, aunque muy robusto, era pequeño de estatura. De facciones pronunciadas poco agraciadas. Sus vestimentas eran ordinarias. Una boina negra muy pequeña, gabán y chaleco de paño negro, calzón corto de color gris, gruesas medias y alpargatas. No llevaba arma alguna sino solo un largo palo en el que se apoyaba durante las marchas.

No tenía conocimientos militares. Su éxito en el combate se debía a la enorme capacidad física que le permitía una gran movilidad, y a su desconfianza o astucia, que le inducía a estar vigilante noche y día. Con el enemigo no entendía la benevolencia, sino el castigo más severo”¹⁴.

(14) HERNANDO, Francisco, *Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877)*, París: A. Roger y Chernoviz, 1877, pp. 52-54.

Pero es preciso señalar, en honor a la verdad, que Santa Cruz fue el primero en sublevarse y con solo una partida de 30 partidarios se enfrentó a un enemigo muy superior en número y armamento que le perseguía con saña para destruirlo. Su fidelidad en la defensa de los principios de la Causa y su dureza en la guerra le granjearon una popularidad inmensa entre las gentes sencillas de ideología carlista.

Hemos dado la opinión de Lizárraga. Sin embargo, personas que convivieron con Santa Cruz, como Félix Murgiondo, hablan del carácter afable, alegre y expansivo que mostraba el cura con las personas que le inspiraban confianza. Solía pedir a sus hombres, cuando no había enemigo por medio, que entraran en los pueblos al son del silbo y el tambor. Las gentes les recibían con gran entusiasmo. En los días de descanso animaba a los suyos a divertirse bailando fandangos en las plazas de los pueblos en donde se hallaren. En relación a su habilidad militar, su secretario Félix Kaperotxipi decía que su estrategia era sorprender al enemigo, causándole bajas, sin sufrirlas él. No se comprometía a ninguna acción si no veía un noventa por cien de probabilidades de triunfar o, al menos, inferir daño al enemigo.

Santa Cruz ante un ataque ponía a una parte de sus hombres de ochenta a cien metros por detrás. Sus apologistas consideran que lo hacía para proteger la retirada de los suyos tras el ataque, sin embargo, sus detractores consideran que esta medida estaba encaminada a disparar a cualquiera que osara huir durante el combate.

Lizárraga, tras fracasar en su intento de llegar a un acuerdo con el cura Santa Cruz y sabiendo que no podía haber dos jefes en Gipuzkoa, presentó su dimisión al jefe supremo de las fuerzas carlista general Elio, pero no fue aceptada.

A finales de junio 1873 Lizárraga dio con el escondite en Arritxulegi, donde el cura guardaba las armas que llegaban de Francia. Se apoderó de cerca de 1.000 fusiles, con los que pudo crear dos nuevos batallones el 3.º (batallón de cazadores de Tolosa, luego batallón del Triunfo) y el 4.º de Gipuzkoa.

El cabecilla Santa Cruz había decidido librarse del peligro que para sus correrías suponía la estratégica posición de Endarlatsa defendida por una guarnición de 37 carabineros. El cabecilla, acompañado de 200 hombres, atacó el reducto el día 4 de junio de 1874. Conminó a la guarnición a rendirse y, al negarse ésta a hacerlo, emplazó delante del muro frontal un pequeño

cañón de bolsillo, que solía ser transportado al hombro, y comenzó a vomitar fuego. Tras varios cañonazos certeros la pared empezó a ceder. Los defensores decidieron izar la bandera blanca. El cura ordenó un alto el fuego mientras enviaba a su lugarteniente Félix Caperotxipi y varios muchachos a ofrecerles una honrosa rendición. Pero cuando los carlistas se acercaron confiados, fueron recibidos por un nutrido tiroteo que mató a varios de los suyos. Furiosos por el engaño, los sitiadores arreciaron el ataque. Otra vez los defensores volvieron a pedir parlamento. Esta vez Santa Cruz se negó a un acuerdo y, mientras blandía la famosa y temida bandera negra con la calavera pintada en la misma, dijo a los suyos “Tomad a la fuerza la posición y no traedme a ningún traidor”.

Viendo su final, algunos carabineros se lanzaron por las ventanas tratando de alcanzar el río. Pero solo los 3 o 4 más fuertes pudieron cruzar el Bidasoa y pasar a Francia. Los demás, (veintisiete hombres) y su teniente fueron apresados. Los reos habían sido alineados en el borde de la carretera para ser ajusticiados cuando acertó a pasar por allí el vicario de Biriatu dispuesto a confesarles. El párroco, puesto de rodillas, imploraba al cabecilla esa merced pero Santa Cruz, temiendo que llegaran en cualquier momento fuerzas liberales, no accedió a su súplica. Pocos días más tarde, el 17 de junio, el cura dio fuego a la estación de tren de Beasain destruyendo el valioso parque móvil que se hallaba estacionado en la misma y que hubiera sido de gran utilidad para los carlistas.

Con este ataque el cura rompió con el acuerdo que el alto mando carlista había alcanzado con la empresa propietaria del ferrocarril del Norte mediante el cual la compañía abonaba, en concepto de impuesto de guerra, la cantidad de 2.000 pesetas diarias¹⁵.

(15) AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 363-372.

RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 95-102.



Fig. 12. “Incendio de estación Beasain el 17 de junio de 1872”.
Ilustración Española y Americana.

Santa Cruz, forzado de nuevo al exilio. Julio 1873

Lizárraga cayó enfermo de gravedad y el marqués de Valdespina tuvo que hacerse cargo provisionalmente de los batallones guipuzcoanos. Este no tenía la paciencia de Lizárraga. Los esfuerzos que hizo el vicario de Orio tratando de evitar la efusión de sangre entre compañeros no sirvieron para nada, debido a la postura irreductible del cabecilla y de Valdespina. El marqués estaba harto de la conducta cruel y sanguinaria que practicaba Santa Cruz, por lo que decidió, de una vez por todas, ir con su fuerza de unos mil hombres al encuentro del cura en su alojamiento en Bera. El cabecilla, viéndose rodeado y tras varias horas de insistencias, accedió a ceder el mando de sus voluntarios del 1.º batallón de Gipuzkoa. Ya se había despedido de sus hombres y se retiraba a Francia en compañía de su inseparable colega, el vicario de Tolosa Luciano Mendizabal, cuando a la altura de Arritxulegi (Arritxulegi y Peña Plata eran los dos puntos fuertes del sistema defensivo carlista) se revolvió contra sus captores, pero pudo ser rodeado de nuevo y tuvo que escaparse

a Francia en el mes de julio, y cambiar su vestimenta de guerrillero por la sotana. Lo hizo en compañía de su compinche Mendizábal y el exdiputado Cruz Ochoa. Todos creyeron que el cura había marchado a Roma para encontrarse con el Papa e implorar su perdón por los crímenes cometidos, pero una vez más se equivocaron.

Valdespina cuenta como se ganó a los hombres de Santa Cruz una vez desaparecido éste. Reunió a los mozos en la plaza de Bera y les lanzó un discurso duro en el que enumeraba sus delitos. Al acabar el mismo, los pobres muchachos lloraban como niños. Valdespina les ofreció la posibilidad de regresar libres a sus casas o quedarse con él. Todos al grito de ¡Viva el Rey!, prometieron obedecerle hasta la muerte. Solo unos pocos hombres, pertenecientes a la guardia negra de Santa Cruz, pidieron servir a las órdenes de Empanan. Valdespina expresa en sus cartas la mala opinión que tiene sobre Santa Cruz y el vicario de Tolosa. Considera que el cabecilla es un ser retorcido y desconfiado, que solo se fía del vicario. Valdespina ve a Luciano Mendizábal como una persona de carácter, seguro de sí mismo, lleno de soberbia, que anima a su protegido a desobedecer a sus superiores y seguir haciendo la guerra con sus métodos sanguinarios¹⁶.

La huida del cura permitió a Lizárraga disponer de cuatro batallones con un total de 3.000 hombres.

En el verano de 1873, ocho meses de iniciada la guerra, los carlistas eran los dueños de la situación en las provincias vascas y Navarra. El 26 de julio Lizárraga, con tres batallones y dos piezas de artillería, entró en Gipuzkoa pasando por Alsatsu e inició una ofensiva exitosa. Todas las poblaciones en el oeste de la provincia fueron cayendo en poder de los sublevados. El alto mando militar, incapaz de contener la ofensiva, decidió abandonar la mayor parte de las poblaciones guipuzcoanas y concentrar sus tropas y esfuerzos en la defensa de la capital y de los pueblos de Tolosa, Andoain, Hernani, Rentería, Pasajes, Oiartzun, Irún y Getaria.

(16) *Cartas y memorias inéditas del Barón de Montevilla*. Fondo familia Orbe-Barón de Montevilla.

El siguiente objetivo en la ofensiva carlista era la conquista de la Tolosa y la del pueblo de Oiartzun. Tolosa era una presa muy apetecible. Había sido la capital foral, era la segunda población en habitantes de la provincia y seguía siendo sede de la diputación foral. Los carlistas suponían que, siendo Tolosa un pueblo industrial y rico, les iba a proporcionar recursos para poder sufragar los cuantiosos gastos de guerra. La villa sufrió un terrible asedio de siete meses (agosto 1873-febrero 1874).

Una impenetrable red de trincheras y parapetos colocadas a ambos lados de la carretera a la altura de Zizurkil y Amasa obstaculizaba el paso de los auxilios que los liberales trataban de enviar desde Andoain. La comunicación con Tolosa se estaba haciendo cada vez más costosa. Todo intento de auxilio desde el exterior acababa en violentos enfrentamientos, que causaban muchas bajas.

A comienzos del mes de febrero los gubernamentales efectuaron un postrero intento por romper el asedio a Tolosa. El general Moriones, al mando de 13.000 hombres, 400 caballos y 22 piezas de artillería, avanzó por el puerto de Belate en Navarra camino de Tolosa. En San Sebastián se les unió el general Loma con otros 3.000 hombres.

Era la ocasión que tanto había esperado Lizárraga que, en la comunicación epistolar con su superior Elio del 5 de diciembre, le decía

“Le dejaremos entrar en Tolosa a Moriones y, una vez dentro, será nuestro y concluiremos de una vez la guerra. La falta de víveres que hay en el pueblo se acentuará con la llegada de la columna de Moriones, que no aguantará ni tres días con el pésimo pan que come la guarnición. Para que aumente la escasez de víveres he dado órdenes a los aduaneros de que manden retirar el ganado a tres leguas de distancia a ambos lados de la carretera”¹⁷.

(17) HERNANDO, Francisco, *Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877)*, París: A. Roger y Chernoviz, 1877, pp. 88-93.

RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 114-121.

Santa Cruz de nuevo en acción. 7 de diciembre de 1873. Belabieta



Fig. 13. General Domingo Moriones, nombrado jefe del ejército en septiembre de 1873. D.F.G K.M.K.

Por aquellos días Lizárraga había fusilado por indisciplina a dos antiguos lugartenientes de la cuadrilla de Santa Cruz, muy queridos por el cura. El cabecilla juró venganza y decidió regresar para ajustar cuentas. En la noche del 6 a 7 de diciembre el cura se presentó en Berrobi y sublevó a los batallones 1.º y 5.º y con ellos se presentó en Villabona y consiguió amotinar a la mayoría de las compañías pertenecientes al 2.º y 3.º batallón, arrestando a los mandos que se le opusieron. Al amanecer llegó el cura Santa Cruz al cuartel general de Lizárraga, en Asteasu, con las compañías insubordinadas, con intención de apresar a Lizárraga. Solamente los batallones 4.º y 6.º, así como la sección de artillería, permanecían fieles al comandante general. Santa Cruz rodeó el pueblo con sus hombres y ordenó a una compañía que entrara en el pueblo y prendiera a Lizárraga

cuando saliera de misa. Solamente la sangre fría del comandante guipuzcoano pudo evitar que cayera en manos del cura. Santa Cruz le exigió que le devolviera las tropas que habían sido suyas en el pasado. Lizárraga se negó a hacerlo y, mostrando una impresionante sangre fría, se metió entre los hombres de la compañía rebelde a la vez que con voz de trueno les gritaba: ¿Qué queréis? ¿Venís a prenderme? ¿Venís a matarme? ¡Pues aquí me tenéis! Los voluntarios amotinados permanecieron inmóviles mientras su capitán echaba a correr. Lizárraga ordenó que los rebeldes desfilaran desarmados en fila de a uno ante él y los hombres de las dos compañías leales que en ese momento se hallaban en el lugar de los hechos. La vergüenza se apoderó de los sediciosos.

A continuación, Lizárraga les sermoneó con un discurso en el que les hacía ver el crimen que habían cometido. Los voluntarios, entre gritos y lágrimas, le suplicaron que les devolviera las armas para emplearlas contra los republicanos. Lizárraga perdonó a la tropa y les restituyó sus armas. No obstante, algunos de los oficiales rebeldes fueron sometidos a consejo de guerra y fusilados.

Santa Cruz, que se había refugiado en Zizurkil de Abajo, no se atrevía a moverse para enfrentarse al jefe carlista. Se mantenía quieto en el pueblo,



Fig. 14. Batalla de Belabieta, 9 de diciembre de 1873.

Autor: Urrabieta-Vierge. *L'Illustration, Journal Universel*. D. F. G. KMK.

mientras sus hombres le iban abandonando. Finalmente, el cura se alejó del lugar en compañía de unos 300 voluntarios, que permanecieron fieles a su persona y que pertenecían en su mayoría al 1.^{er} batallón.

El daño causado por Santa Cruz era inmenso; las defensas en Belabieta y Sorabilla habían quedado abandonadas en el momento crítico en que Moriones arribaba a San Sebastián con sus hombres.

Lizárraga trató de reunir a las tropas dispersas mientras mandaba aviso a Elio y Ollo que, siguiendo a Moriones, habían llegado a Leitza, para que se apostaran con sus voluntarios navarros en la desguarnecida línea de Belabieta. En la mañana del día 9 dos batallones de Ollo, con 2.000 hombres en total, tomaron posiciones en Belabieta. Por la tarde, las tropas de Moriones y Loma atacaron la vanguardia carlista, a la vez que la guarnición de Tolosa se lanzaba contra la retaguardia enemiga. Los carlistas, sumando las tropas de Ollo y Lizárraga, eran 6.000 voluntarios.

Moriones dividió a sus hombres en dos columnas para avanzar por el valle. El ataque principal se llevaría a cabo en Belabieta-Uzturre, que era el

punto más débil del adversario, con Moriones a la cabeza. Avanzando por la carretera, a la una de la tarde llegaron a Villabona tomaron el camino de Amasa y prosiguieron su marcha hacia Belabieta y Uzturre. En una meseta que existe en las estribaciones del monte les esperaban los carlistas, en su mayor parte voluntarios navarros, agazapados detrás de los parapetos que habían construido con gruesos troncos. Los liberales avanzaron con decisión hacía el enemigo, que esperó a que los gubernamentales se acercasen a 200 pasos para abrir fuego y lanzarse a la bayoneta, obligándoles a retirarse. Los republicanos volvieron a intentar tomar las posiciones de los carlistas, pero fracasaron de nuevo. Cansados y sin municiones, los gubernamentales decidieron esperar a la llegada de refuerzos. El tercer ataque de los liberales se produjo a eso de las cuatro de la tarde. La superioridad del ejército de Moriones era apabullante: 16.000 soldados contra 6.000 voluntarios.

Y se produjo un choque violentísimo. Los navarros, muy habituados a resolver los combates con acometidas a la bayoneta, cargaron con furia contra el adversario. En la batalla se alcanzaron cotas de una crueldad extrema, más propia de las guerras de África. Los combatientes, mezclados unos con otros, luchaban con ferocidad como si fueran bestias. El deseo de cada uno era matar al adversario sin preocuparse de su propia vida. Los enemigos que se rendían eran pasados a cuchillo.

Tras tres largas horas de intenso combate los gubernamentales se hicieron dueños de las alturas de Belabieta y consiguieron entrar en Tolosa, aunque a costa de enormes quebrantos: 6 jefes, 64 oficiales y muchos cientos de soldados. En total 500 bajas. Por su parte, los carlistas perdieron 300 hombres.

Mientras los heridos del bando carlista eran atendidos en Berastegi y Leitza, y los más graves eran enviados al Hospital de Iratxe, los lesionados del bando liberal fueron trasladados en un primer momento a Villabona y Andoain, después a Donostia, donde la población se volcó en las labores de atención sanitaria, aportando jergones, colchones, mantas, almohadas, sábanas, hilas de algodón, etc. Alrededor de 300 heridos fueron alojados en el hotel Cursaal (futuro hotel Londres) y en una casa particular acondicionada como hospital de sangre (perteneía a Juan Moyua, marqués de Rocaverde).

Afortunadamente para los liberales, dos batallones alaveses y cuatro vizcaínos no llegaron a tiempo para participar en la batalla. Los alaveses sí pudieron, desde las alturas de Hernialde, hostilizar al convoy de carros de aprovisionamiento cuando entraba en el pueblo. No así los vizcaínos, que llegaron a Alegia una vez finalizados los combates. La victoria no le sirvió para

mucho a Moriones. A la mañana siguiente salía de Tolosa con dirección a Azpeitia, donde pretendía destruir las fábricas de armas de Eibar y Soraluze. Pero llegado a Albistur se encontró que siete batallones carlistas vizcaínos y alaveses de refresco le cerraban el paso. No vio otra salida que volver sobre sus pasos y embarcar en San Sebastián sus tropas con rumbo a Castro Urdiales. Tras el fracaso de Moriones en Gipuzkoa, el teatro de operaciones se trasladó a Bizkaia¹⁸.

Santa Cruz se ve forzado a exiliarse

Tras su intento fallido el cura Santa Cruz, con un puñado de hombres que se le mantenían fieles, huyó a Aia y de allí pasó a Zestoa y al interior de la provincia. Hallándose en Antzuola, envió un mensajero al diputado general Dorronsoro solicitando permiso para seguir al frente de sus fieles. Miguel Dorronsoro le respondió que lo único que podía hacer era dejar en paz a sus hombres, volver Francia y hacer méritos para tratar de conseguir el perdón de D. Carlos. Viendo el cura que los dirigentes carlistas no querían saber nada de él y que sus compañeros le iban abandonando para acogerse al indulto que se les había concedido, decidió a mediados de diciembre refugiarse en Francia. Pero nada más cruzar la frontera fue detenido por las autoridades aduaneras e internado en Nantes. Sin embargo, Santa Cruz no se resignó a permanecer inactivo lejos de su tierra e hizo un nuevo intento por volver, acercándose a la frontera. Según informes que poseían los comandantes carlistas de Navarra y Gipuzkoa, el vicario de Tolosa y un indiano rico amigo suyo, Isidro Urruela, estaban tratando de reunir dinero y hombres (se hablaba ya de 300 personas reclutadas) con el fin de que el cura se estableciera de nuevo en la zona de Aritxulegi. Santa Cruz se había convertido en un estorbo para los carlistas, ya que daba mala imagen e incluso enfriaba a los legitimistas franceses, que sostenían económicamente el carlismo.

De ahí que el propio D. Carlos tomase cartas en el asunto. El 28 de febrero Don Carlos, desde el Cuartel real establecido en Cruces, enviaba a Ceballos, nuevo comandante general de Gipuzkoa, la siguiente misiva:

(18) *Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del Ejército*, Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883, Tomo III, capítulo VI.

“Mí querido Ceballos:

Debo prevenirte, para tu gobierno y para que lo hagas saber a los voluntarios y a la provincia de Gipuzkoa, que considero enemigos a todos los que apoyan al cura Santa Cruz en sus inicuas maquinaciones; y si la vez anterior fui clemente, no lo seré en adelante con los que desoigan mi voz. Dios te guarde y cuenta siempre con el cariño de tu afectísimo Carlos”.

El comandante guipuzcoano encomendó a Ladislao Zavala la misión de entrevistarse con el cura para que le hiciera ver cuán insensatas eran sus pretensiones y que, si entraba de nuevo en España, se vería obligado a ordenar su fusilamiento.

Santa Cruz escribió a D. Carlos ofreciendo su sumisión e implorando perdón. Pero las autoridades seguían sin fiarse del cura, pues sabían que seguía viviendo cerca de la frontera, en Ciboure, alojado en casa de Madame Dupont Delpont, que era una encendida carlista. En la citada mansión se habían estado celebrando las reuniones, dirigidas por el vicario de Tolosa, Mendizábal y Urruela.

Finalmente, los dirigentes carlistas se vieron obligados hacer una denuncia ante a la gendarmería. A finales de marzo el cura volvió a ser internado, esta vez en Lille, en el colegio de los jesuitas. Luciano Mendizábal siguió a Santa Cruz en su exilio. La amistad entre ellos se hizo más estrecha. Luciano admiraba a su amigo y disfrutaba de él. En su estancia en la ciudad francesa Santa Cruz fue experimentando una transformación interior.

Se había arrepentido de sus fechorías, y un buen día le confesó a Luciano que necesitaba redimirse y para ello había decidido ir de misión a América para salvar almas. Mendizábal quedó anonadado por la noticia y solo acertó a decirle *¿No tendrás el valor de dejarme? A lo que Santa Cruz contestó ¡Soy capaz de eso y mucho más, aunque hayas sido mi mejor amigo!*

En septiembre de 1874 obtuvo del Papa el perdón y pudo celebrar misa de nuevo. Tras quince años de estancia en Jamaica con los padres jesuitas, en 1891 marchó a Colombia. Allí desarrolló una encomiable labor misionera, que se prolongó hasta el momento de su muerte acaecida en el mes de agosto de 1926¹⁹.

(19) AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 620-637.

RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876). Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, pp. 126-127.

Con respecto al vicario de Tolosa, Luciano Mendizábal, no se supo nada hasta que un buen día de agosto de 1876 se presentó repentinamente en el pueblo. Para sorpresa de todos se le vio presidiendo, como si no hubiera ocurrido nada, la ceremonia religiosa de la boda de un conocido liberal. En una de sus sesiones la corporación, bajo la presidencia del alcalde Nicasio Santos, expresó su profundo desagrado por el hecho de que Luciano volviera a ejercer de vicario. Pero de nada sirvió, y los feligreses tuvieron que acomodarse de nuevo a la altivez e intransigencia de su párroco.

En octubre de 1879 se celebró en el Juzgado de Primera Instancia de Tolosa el juicio contra el párroco acusado de “desacato, agresión a la autoridad y abusos electorales”. El vicario fue castigado con el embargo de parte del salario correspondiente al ejercicio 1878-1879.

En 1880, Luciano abandonaba su puesto y Patricio Antonio Orcaiztegui fue nombrado nuevo párroco de Tolosa²⁰.

Archivos

Archivo General de Gipuzkoa (AGG-GAO).

Archivo Municipal de Tolosa (AMT-TUA).

Archivo Museo Zumalakarregi (D.F.G. KMK).

Museo de San Telmo (STM).

Archivo del Santuario de Loiola.

Fondo Familia Orbe-Barón de Montevilla.

Fondo Familia Recondo.

Bibliografía

ANTOÑANA, Pablo, *Noticias de la Segunda Guerra Carlista*, Pamplona: Institución Príncipe de Viana, 1990, 144 pp.

AZURMENDI, Xabier, *El cura Santa Cruz*, Bilbao: Editorial Ekintza, 1986, pp. 648.

BAHAMONDE, Ángel, *Historia de España siglo XIX*, Madrid: Ediciones Cátedra, 1994, 640 pp.

(20) AMT-TUA A-4-6-16.

- CASTELLS ARTECHE, Luis, “El Sexenio Democrático y su repercusión en Guipúzcoa”, *Symbolae Ludovico Mitxelena septuagenario oblatae*, 1985, Vol. 2, pp. 1.271-1.290.
- HERNANDO, Francisco, *Recuerdos de la guerra civil: la campaña carlista (1872 a 1877)*, París: A. Roger y Chernoviz, 1877, 424 pp.
- RODRÍGUEZ DEL CORO, Francisco, *Revolución burguesa y batalla regional en el País Vasco*, Vitoria: Diputación foral de Álava, servicio de publicaciones, 1984, 328 pp.
- _____, “El obispo de Vitoria y el vicario de Tolosa, Luciano Mendizábal”, *Boletín de la Institución Sancho el Sabio*, año 19, T. 19 (1975), pp. 319-361.
- GARMENDIA, Vicente, *La Segunda Guerra Carlista*, Madrid: Siglo XXI de España, 1976, 144 pp.
- _____, *La ideología carlista, 1868-1876. En los orígenes del nacionalismo vasco*, San Sebastián: Diputación Foral de Guipúzcoa, 1988, 709 pp.
- Narración militar de la guerra carlista de 1869 a 1876. Cuerpo del Estado Mayor del Ejército*, Madrid: Imprenta y Litografía del Depósito de la Guerra, 1883, Tomos III, IV, V y VII.
- PIRALA, Antonio: *Historia contemporánea. Desde 1843 hasta la conclusión de la guerra civil*, Pamplona: Herper, 1999, Vols. II y III.
- “Apuntes históricos del Excmo., Sr. General Lizárraga durante la campaña de 1872 a 1876”, *Révue Internationale des études basques*, T. 24 (1933), pp. 419-428.
- RECONDO BRAVO, José Antonio, *La Segunda Guerra Carlista en Gipuzkoa (1872-1876), Tolosa y San Sebastián: dos modelos contrapuestos*, Astigarraga: Autor (Michelena Artes Gráficas, S.L.), 2018, 333 pp.
- RECONDO MÚJICA, Juan José, *Memorias inéditas*, Fondo familia Recondo, 62 pp.
- RODRÍGUEZ DEL CORO, F., “El obispo de Vitoria y el vicario de Tolosa, Luciano Mendizábal”, *Boletín de la Asociación Sancho el Sabio*, Año 19, T19 (1975), pp. 319-361.
- _____, *Revolución burguesa e ideología liberal en el País Vasco. (1866-1872)*, Vitoria: Diputación Foral de Álava. Servicio de publicaciones, 1985, 328 pp.